



Partido Obrero Revolucionario

# ASÍ ASESINARON A CÉSAR LORA

La Paz - Bolivia  
1976

Ediciones

**MASAS**

# ASÍ ASESINARON A CÉSAR LORA

## I

### SEMBLANZA DEL LUCHADOR

A fines del mes de julio de 1965 las agencias noticiosas propalaron por todo el mundo la noticia de que el líder obrero César Lora cayó con el cerebro destrozado por un disparo de revólver común en el ejército boliviano.

La breve notícula, que en sus pocas líneas encerraba los contornos trágicos alcanzados por la apasionada y apasionante lucha del incansable y valeroso luchador.

Un mechón abundante de pelo negrísimo y rebelde hirsuto, coronaba un rostro de rasgos asiáticos. Impresionaba la vivacidad de sus ojos, la firmeza de su mentón y una boca recia de hombre apasionado y dispuesto a decir la verdad de una manera categórica y a veces ruda. Su tez cetrina denunciaba una vieja dolencia palúdica o las continuas oleadas de bilis en quien siempre estaba dispuesto a reaccionar ante las contrariedades del ambiente o las celadas ideadas por el adversario dueño del poder y de la astucia, aunque no siempre del talento. Tal la primera impresión que se tenía de César Lora.

La cabeza arrogante estaba plantada en un cuerpo grueso, de mediana estatura y severamente vertical. Si se prescindía de los ojos relampagueantes y del rictus desdeñoso que dominaban los labios, de su persona irradiaba una natural modestia. Cuando estaba junto a obreros o campesinos la modestia se trocaba en humildad, esto porque conocía y amaba a las gentes del pueblo.

Quienes estuvieron cerca de él saben de su enorme fortaleza biológica y moral. Sus músculos, endurecidos en descomunal y constante lucha, jamás cedieron ni en las circunstancias más adversas. Una parte de su primera juventud pasó en el campo y se solazaba en realizar las tareas más rudas junto a los campesinos. Su cuerpo muy bien tallado poseía una agilidad incomparable. Acaso en este período de su vida desarrolló al extremo sus instintos básicos, que más tarde serían aprovechados por el político y por el luchador revolucionario. Entre sus compañeros de trabajo era el único que podía subir los piquetes llevando en el hombro el pesado tilico (un tipo de perforadora). A pesar de que su estatura no sobrepasaba la media, sabía desarrollar una descomunal fuerza muscular y siempre demostró una tremenda fortaleza para resistir el dolor físico. En cierta oportunidad se brindó a contener a una manifestación adversa para poner a salvo a muchos de sus compañeros de partido.

Desde los primeros años de su existencia mostró invariablemente un total desinterés por el dinero o las comodidades materiales. Daba la impresión de haber nacido para apóstol. En la edad media hubiera llegado a ser un monje apasionado en la lucha contra los que prostituyen a la Iglesia. En la época capitalista fue el abanderado incondicional de la causa de los oprimidos. Asumió esa actitud de una manera natural, sin más ambición que la de servir a los otros, abandonando todos sus intereses, incluso los más elementales. Se inició en la política más con el afán de identificarse con los explotados que de adquirir notoriedad personal. Esencialmente autodidacta no deseó, como ocurre con frecuencia en casos similares, aparentar ni ser un intelectual, a pesar de que adquirió profundidad teórica. El marxismo era para él norma para la acción y no un pretexto para teorizar con y sin motivo. Esto no quiere decir que hubiese caído en el tradeunionismo o en el empirismo intrascendente. En todo momento recurrió a la teoría para interpretar la realidad o bien para someter a la más severa autocrítica sus propios actos.

César Lora constituye un caso excepcional de unidad entre la idea política y la conducta cotidiana. Podía haber dicho -si por un solo instante se le hubiese ocurrido subrayar sus cualidades- que su vida diaria no contrariaba en manera alguna a su ideología política. En el campo de la izquierda esta simbiosis perfecta entre la teoría y la práctica es sumamente rara. En nuestro país el comunismo sirve de pretexto para que los pobretones de la clase media hagan rápidamente carrera social y económica. Los dirigentes obreros no controlados por el partido revolucionario concluyen, indefectiblemente, prostituyéndose, como elementos desclasados que discursen en el tono rojo más subido y llevan una existencia muelle digna de pachás



**CÉSAR LORA**

orientales. El salario del trabajador apenas si permite cubrir las necesidades más premiosas; el dirigente convertido en burguesillo no tiene más camino que vender a sus compañeros y su propia conciencia al gobierno o a los patronos. La burocracia sindical se prende hasta con los dientes de los puestos de dirección porque le permiten medrar. La experiencia enseña que el que se desclasa y adquiere intereses económicos que tiene que defender, deja de pensar y sentir al unísono con su clase y se abandona, ideológica y políticamente, en brazos de la clase dominante; no es ya portavoz del proletariado porque comienza a actuar como quinta columna de los enemigos de clase en el seno de los sindicatos. Si algo ha llegado a desmoralizar al trabajador es la corrupción sin precedentes en la que se ahogan los cuadros dirigentes.

Conmueve comprobar que César Lora hubiese descendido desde su clase de origen para hacerse obrero y caudillo, abandonando posiciones y halagos, para ofrecer todo a su causa sin haber pedido jamás recompensa alguna. Vestía con extrema modestia y no pocas veces con desaliño, sobre todo cuando se entregaba en cuerpo y alma a resolver algún problema sindical o político.

Formó parte de la generación de poristas que decidió ir al encuentro del proletariado y para materializar tal propósito vivió y trabajó como el grueso de los obreros. La tremenda pasión que se apoderó de él no le permitió percibir la rudeza de su nueva forma de existencia y le ayudó a hacer frente a las estrecheces económicas que siguen al magro salario. Cuántas veces sacrificó su remuneración para atender mejor los conflictos laborales o entregó a su Partido gran parte de su ganancia mensual. Para él ninguna renunciación era suficiente cuando se trataba de servir a la causa revolucionaria. Nunca salieron de sus labios protestas o lamentaciones por el bestial trabajo que tenía que cumplir diariamente. La lucha sindical no fue pretexto para que lograra mejorar su situación dentro de la empresa, como ocurre a diario con los dirigentes laborales. Rechazó todas las ofertas de mejoramiento de salario u ocupación y persistió en su condición de obrero de interior mina desde que pisó el dintel de la Empresa Catavi hasta el día de su trágica muerte.

En las minas, como en el resto de los sectores sociales, la clase obrera está forrada por muchas capas y entre ellas existen diferencias de politización y contradicciones. Muy justificadamente los trabajadores del interior se consideran el verdadero eje de la producción, ya que con la ofrenda diaria de sus vidas mantienen la empresa. Ellos asumen una actitud despectiva frente a los que se dedican a labores del exterior y a los empleados. Con frecuencia se observa la resistencia de los obreros de base a los dirigentes salidos del exterior o del cuerpo de empleados. El verdadero minero es, indiscutiblemente, el que se enfrenta con la roca o hace la vida de los socavones. En las primeras etapas del sindicalismo minero eran los empleados los que formaban su núcleo central. La emancipación ideológica del proletariado y su politización han tenido la virtud de elevar a las capas más bajas y más amplias a un primer plano, de manera que el trabajador común se ha convertido en el centro de la actividad sindical.

Alrededor de once años César Lora permaneció en los socavones para poder luchar mejor por la liberación del proletariado, para conocer de un modo directo sus formas de vida y de trabajo. Solamente por esta camino pudo encarar sus objetivos inmediatos. Su militancia trotskysta y el esfuerzo que hacía para ubicar teóricamente los problemas le permitieron llegar a la conclusión de que solamente el pleno cumplimiento de las tareas históricas permitiría satisfacer ampliamente las necesidades más premiosas de la clase.

El indomable luchador sabía conmovirse, hasta las fibras más íntimas, ante el dolor de los otros. Los niños, la mujer doliente, los desvalidos tuvieron siempre en él al amigo y al protector.

1947-48 fueron años de prueba y sufrimientos. Alistado en el ejército mostró bien pronto su resistencia a la absurda y servil disciplina de cuartel. Fue enviado como castigo a Curahuara de Carangas, inhóspita y frígida planicie. Allí intervino en un motín contra la jerarquía castrense. Luego vinieron la prisión y las torturas en los calabozos. Fue encerrado en el Panóptico, sometido a proceso por el Consejo de Guerra y sentenciado a dos años de prisión.

## II

### SU ACTIVIDAD SINDICAL

Como marxista, Lora consideraba que la actividad sindical debía estar subordinada a la política revolucionaria. La organización gremial constituye el canal adecuado para motorizar una profunda movilización masiva, pero tiene como punto de partida las tareas inmediatas y no tiene capacidad para dar solución adecuada a la cuestión del destino del poder. Tenía plena conciencia de que la emancipación de los trabajadores no radicaba en lograr el aumento de salarios, sino en poner fin a su condición de clase dueña del poder. El sindicato y el partido son dos organizaciones propias de la clase obrera y su campo de acción está claramente definido; constituye un error confundirlas o identificarlas. César Lora fue el militante marxista obligado a actuar en el campo sindical y lo hizo sin perder la perspectiva de que la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo debe educar a las masas y aproximarlas a la conquista del poder.

Su objetivo no fue el de capturar por cualquier medio, inclusive utilizando los más sucios, la dirección sindical, sino convertir a la organización obrera en un baluarte revolucionario y preservar su carácter de defensora de los intereses de sus afiliados. Para cumplir la tarea que se había impuesto -misión indiscutiblemente revolucionaria- no pudo menos que enfrentarse con la bien cimentada burocracia sindical, que se enriquecía contando con la protección gubernamental. César Lora se colocó a la cabeza de ese admirable grupo trotskysta que desde la base misma de los sindicatos batalló sin tregua y soportando la represión de las autoridades gubernamentales, contra quienes prostituyeron a los dirigentes obreros y no tuvieron el menor reparo en apropiarse de los fondos sindicales o negociar desde las secretarías generales y los controles obreros. Su voz era la primera en hacerse escuchar en los congresos nacionales obreros o en las asambleas sindicales para colocar en la picota a los traficantes, sin tomar en cuenta para nada su ocasional fortaleza. El sindicato de Siglo XX, la mayor concentración obrera del país, se ha convertido en la vanguardia revolucionaria y señala con anticipación el camino que debe recorrer el movimiento proletario; pero, también es allí donde la burocracia hace los mayores estragos, se apropia de gruesas sumas de dinero y vende por anticipado los conflictos huelguísticos. Los dirigentes sindicales tenían como norma invariable no rendir cuentas del manejo de los fondos sindicales; utilizar su situación de privilegio para asociarse con comerciantes que traficaban con la empresa; convertirse en importadores de ropa usada o máquinas o, en fin, patrocinar la formación de consorcios con la finalidad de explotar determinados renglones de la actividad de la COMIBOL. La nacionalización, criminalmente administrada por los jefes pequeño-burgueses, concluyó convirtiendo las minas en hacienda de ciertos capos políticos y sindicales. Es contra este lamentable estado de cosas que virilmente se pusieron en pie César Lora y sus compañeros de lucha.

Ha ingresado ya a la historia como un modelo de honestidad y de valor personal su campaña antiburocrática que tuvo como escenario Siglo XX. La verticalidad de su conducta lo llevó a presidir la Comisión Revisora de la situación económica del sindicato, organizada a fines de 1962. Cumplió, sin haber exigido remuneración alguna, largas jornadas revisando personalmente libros y comprobantes, deliberadamente presentados en forma confusa y deficiente. El informe respectivo (que lleva además, las firmas de Isaac Camacho, Oscar Ruíz, Erasmo Hermosa, Félix Veliz, Silvio Tórrez y Juan Arias), llegó a conclusiones realmente aterradoras:

"Los cargos contra el señor Pimentel corresponden a los siguientes ítems:

- a). Cuenta Sindicato.- Pimentel debe reembolsar a nuestro Sindicato, Bs. 42.795.299.- Esta suma resulta de las cuentas que no tienen descargo valedero.
- b). Explotación Góndolas.- El cargo contra Pimentel es de Bs. 95.586.500.- y ha sido establecido contablemente, según la siguiente demostración: en el informe Pimentel figuran 4.187 talonarios, cada uno de 100 boletos, que multiplicados por Bs. 500.-, dá 209.350.000.- A esto se agregan 330 talonarios que dan 16.500.000.- Sumadas ambas cifras se tiene Bs. 225.850.000.- De esta cifra, recaudada en la explotación de góndolas, Pimentel sólo ha depositado en la caja de la empresa Bs. 130.263.500.-, habiendo una diferencia, en contra de Pimentel de Bs. 95.586.500.-
- c). Discoteca.- Cargo contra Pimentel de Bs. - 9.286.500.-

d). Reservas.- En el balance presentado por Pimentel al 31 de diciembre de 1959, figura reserva de Bs. 23.614.729.-y en su balance al 31 de diciembre de 1961, Bs. 18.632.099.-. Sumadas las dos cantidades se tienen Bs. 42.245.838.06, cuyo destino debe aclararse.

e). Rifa de 1960.- En esta rifa el sindicato ha obtenido una ganancia de 14 millones y que no figuran en los ingresos al sindicato ni en el informe Pimentel.

Total del que debe responder Pimente. Sumados estos cargos, Pimentel debe responder la suma de Bs. 204.935.127.-

"La Comisión sólo ha revisado el informe de las gestiones de 1960-1961. Por otra parte, no ha podido establecerse contablemente las operaciones efectuadas por nuestra organización con las diferentes compañías artísticas, porque no existen documentos que señalen numéricamente el estado de pérdidas y ganancias. Sin embargo, la Comisión ha establecido que esta operaciones han costado al Sindicato Bs. 65.000.000.- y los ingresos que han sido determinados sólo alcanzan a 30 millones. Resulta inexplicable cómo se han podido manejar operaciones de tanta cuantía de un modo tan irregular. Tenemos como ejemplo dos notas de contabilidad que figuran en la documentación del Sindicato y marcadas con los números 176 a 181. De acuerdo a estos documentos la taquilla vendida para dos compañías (Wara Wara y Hermanas Espinoza) alcanza a Bs. 32.217.000.-, es decir, que está demostrando que el Sindicato ha tenido considerables ganancias, las mismas que no han ingresado a la caja sindical. Pimentel tiene que hacer una explicación documentada sobre este ítem."

Esas no fueron la únicas batallas que libró, supo colocarse frente a todos los entreguistas y capituladores, a los que se empeñaban en someter a los trabajadores al control y dirección de otra clase social o bien del gobierno. La emancipación ideológica supone que el proletariado ha adquirido conciencia de clase, es decir, que se ha apropiado de las conclusiones básicas de la teoría revolucionaria. La lucha sindical y política de César Lora se desarrolla dentro de esta perspectiva.

No se limitaba a teorizar, sino que supo ocupar su puesto en el combate. La burocracia se apoya en su propio aparato, en las gentes que puede controlar gracias al soborno y en las capas atrasadas de trabajadores. Los trotskystas se sueldan con la vanguardia, sólo ésta puede comprender en toda su amplitud sus grandes objetivos y su táctica aparentemente intransigente. Los grandes conflictos, que tienen la virtud de poner en tensión las grandes energías que duermen en el seno de las masas y hacen aflorar su capacidad creadora, encontraron en Lora al caudillo y al organizador, al conductor que sabía dar la consigna precisa, al combatiente batiéndose en primera línea. Sabía que el individuo sólo cuenta poco y que la gran fuerza radica en las masas organizadas.

Ya en 1964 lo encontramos trabajando en el interior de la mina y con el tiempo llegó a ser uno de los buenos perforistas. Su inteligencia natural le ayudó a conocer y adentrarse rápidamente en todos los vericuetos de la explotación minera. Podía discutir en pie de igualdad con los ingenieros y mejores técnicos de la empresa. Los peones más humildes vaían en él a su indiscutible defensor.

Era el hombre indispensable en las mediciones, pues tomaba a su cargo el de enmendar errores y evitar engaños.

A comienzos de 1951 fue despedido por la Empresa Minera Patiño y tuvo que soportar la persecución a la que el superestado minero sometía a quienes se distinguían en la actividad sindical. Inmediatamente tomó parte activa en la organización del sindicato de desocupados, habiendo llegado a ser uno de sus dirigentes. En calidad de tal y con el fusil al hombro intervino en la revolución de 1952.

A fines de 1952 ingresó a la Corporación Minera de Bolivia y comenzó a exteriorizar su antimovimientismo, en una época en que el Movimiento Nacionalista Revolucionario contaba con el apoyo casi total de los trabajadores. Los trotskystas podían hablar en los centros obreros gracias al gran prestigio que había ganado en el pasado. Su prédica y su actividad organizativa despertaron bien pronto las susceptibilidades de los organismos de represión. Al finalizar el año 1953 fue detenido y enviado preso al Panóptico de La Paz, juntamente con otros militantes poristas, donde permanecieron hasta 1954. Al año siguiente logró reingresar a la Empresa Catavi. Trabajó primeramente en la sección Block-caving azul (hoy paralizada) y luego pasó a Beza, a la que no dejó de representar como delegado. Su persistente y abnegada labor le permitieron cobrar autoridad moral e intelectual sobre sus compañeros. A lo largo de su vida de

minero fue el caudillo indiscutido, aunque no ostentase título de dirigente oficial. Lo que decía y hacía tenía mucho peso para los trabajadores. En 1965 fue elegido Secretario de Conflictos Mina, cargo al que renunció para combatir mejor a la burocracia sindical.

Sus adversarios políticos tramaron eliminarlo físicamente. Un buen día descarrilaron un carro metalero para triturarlo contra la roca. Como consecuencia del accidente resultó con la clavícula destrozada, que dos operaciones no pudieron sanarla completamente.

A partir de 1955 asiste, en condición de delegado de base, a todos los congresos y conferencias de la Federación de Mineros y a los dos congresos de la Central Obrera. Los diversos documentos del movimiento sindical minero llevan su inspiración revolucionaria o fueron elaborados directamente por él. En todas las reuniones nacionales formó parte de las comisiones políticas.

En 1958 fue nuevamente apresado, esta vez por el dúo Siles-Guevara, y solamente la amenaza de una huelga general pudo arrancarlo del Panóptico Nacional.

El 29 de julio de 1958 la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia presentó una petición de aumento de salarios (acuerdo del IX Congreso). El tribunal arbitral haciéndose eco de las demandas de la COMIBOL, ordenó el descongelamiento de los precios de pulpería. En 1956 fueron dictados los decretos de estabilización monetaria y que partían de la supresión de todo tipo de precios preferenciales. La Confederación Minera de Oruro (febrero de 1959) rechazó las proposiciones de la Corporación Minera de Bolivia y acordó ir a la huelga, dándose un plazo de diez días. "El conflicto se desencadenó por el aumento del 31,5% sobre los salarios y se consideraba que no era ya motivo de discusión el problema del descongelamiento de los precios de pulpería" (Informe del comité Nacional de Huelga). Los obreros designaron a César Lora Presidente del Comité Nacional de Huelga con sede en Oruro y el Gobierno, en respuesta a una consulta que había hecho, recibió de parte del Fondo Monetario Internacional la conminatoria de descongelar los precios de pulpería.

La huelga minera de 1959 es una de las más importantes dentro de la historia de las luchas sociales, porque marca el punto culminante de la resistencia obrera a la política antiobrera del movimiento y permite el enfrentamiento de la tendencia revolucionaria, representada por la fracción trotskysta, y la quinta columna gubernamental timoneada por el lechinismo. La burocracia de la Federación desencadenó una campaña calumniosa contra el Comité de Huelga a fin de restarle autoridad ante los obreros y obstaculizar sus movimientos. Le acusó de realizar una acción política e impidió que culminase su plan de convertir la huelga minera en un movimiento nacional. Una pésima solución del conflicto fue precipitada por la Federación a espaldas del comando verdadero del conflicto.

El informe del Comité Nacional de Huelga fue íntegramente redactado por César Lora y circuló firmado por los otros miembros. Por primera vez en la vida de la Federación se daba una explicación exhaustiva del conflicto y se señalaba con entereza a los culpables de los fracasos. La burocracia se sintió molesta por la actitud de los trotskystas, que era consecuente con la prédica de respeto a los trabajadores de base.

El silismo, representando a la derecha movimientista, pretendió liquidar al movimiento obrero revolucionario escisionando a las organizaciones sindicales, corrompiendo a los dirigentes y creando sus propios sindicatos totalmente sometidos al control gubernamental. Con esta finalidad nacieron los sindicatos reestructuradores, que debutaron con su ataque frontal a la Federación de Mineros, sacando ventaja de la manifiesta inconducta de la burocracia sindical. Los trotskystas, conscientes del peligro que significaba la maniobra silista, que había elaborado su propia tesis sindical, arremetieron frontalmente contra los reestructuradores y formaron un virtual frente único con lechinistas y stalinistas, sus adversarios políticos. El gobierno armó a sus secuaces y los instaló estratégicamente en Huanuni. El objetivo no era otro que controlar de cerca los movimientos de Siglo XX-Catavi y aislar a este distrito del resto de las minas y del país. La propia lucha reivindicatoria se vió seriamente entorpecida por la actitud de los reestructuradores que se esmeraban en hacer fracasar todo movimiento en pro de mejores condiciones de vida y de trabajo. El Comando Especial del MNR se convirtió en verdugo de los mineros de Huanuni, que al sentirse oprimidos pidieron la ayuda a sus compañeros de Siglo XX-Catavi. "Los heroicos obreros de Huanuni lograron vencer a las ametralladoras en la selecciones sindicales de 24 de diciembre de 1959; los desplazados en una competencia democrática, retomaron a bala el sindicato" ("Masacre de Huanuni").

Los obreros de Siglo XX, en su asamblea de 22 de enero de 1960, acordaron decretar la huelga general en apoyo de los dirigentes de Huanuni que había sido elegidos en forma democrática. Correspondió a Lora orientar a los asambleístas.

El día sábado 23 a horas 9, los obreros de Huanuni realizan una manifestación (bajo la dirección de Guarayo y Saral) de repudio al golpe comandista que había suplantado a los dirigentes elegidos por las bases y había roto la huelga. Esta manifestación pacífica (nadie portaba armas y de su seno no salió un solo disparo) es recibida con ráfagas de ametralladoras, resultando heridos cinco manifestantes, habiendo muerto uno de ellos más tarde. Es esta masacre la que determina que se movilicen los sindicatos de Siglo XX-Catavi, que ya habían ingresado a la huelga en solidaridad con Huanuni. Según el Ministro Aguilar "el gerente del Solar y el Alcalde Soria Galvarro, asumieron papel de mediadores por propia iniciativa y trataron de apaciguar los ánimos". Desde este momento los opositores al Comando se concentraron en Santa Elena y permanecieron allí hasta la llegada de los obreros de SigloXXCatavi.

"En Siglo XX, donde reinaba una gran inquietud, los obreros se concentraron en el Sindicato para conocer informes de los sucesos de Huanuni. El día sábado, a horas 13, se conoce una relación oficial dada por los delegados que habían sido enviados por la dirección depuesta y se hace saber que la huelga fue rota, la directiva suplantada y una manifestación ametrallada. Después de una breve discusión se determinó la movilización sobre Huanuni."

La toma del fuerte de Huanuni por los mineros de Siglo XX-Catavi fue posible, en gran medida, gracias a la labor conductora de César Lora, que, portando una pistola ametralladora y a la cabeza de un piquete de mineros poristas, realizó una operación envolvente y llegó hasta la misma plaza. El trotskysta Siñani, proverbial por su temeridad, fue quien lanzó los cartuchos de dinamita contra los locales del comando y de la policía.

La multitud enardecida de Huanuni había colgado a Celestino Gutiérrez en uno de los postes de la plaza. Solamente César Lora, gracias a su enorme autoridad moral, pudo enfrentarse con la muchedumbre y descolgar el cuerpo del dirigente reestructurador. Es en esa oportunidad que señala cuáles eran los verdaderos motivos de la lucha revolucionaria del proletariado minero.

A mediados de 1958 se realiza en Colquiri el IX Congreso minero, que fue disuelto a bala por los sayones de Guevara. César Lora, venciendo la persecución policial, llegó hasta San José, donde volvieron a reunirse los delegados. En su calidad de relator de la resolución política dio una verdadera lección teórica y explanó las razones por las cuales los mineros no podían identificarse con el Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder.

A partir de 1962 encabeza la lucha obrera contra el Plan Triangular, por considerar que se pretende solucionar las dificultades de la Corporación Minera de Bolivia mediante la disminución de los salarios reales, la masacre blanca y el empeoramiento de las condiciones de trabajo. Les corresponde a él y a otros connotados poristas de Siglo XX (Isaac Camacho, Cirilo Jiménez, etc.) las ideas contenidas en el folleto que con el título de "Respuesta al plan antiobrero. Problemas de la COMIBOL" publicó Guillermo Lora en 1959. No se trataba -según los trotskystas- de disminuir el número de obreros o limitar las ganancias (ese criterio del gobierno y de la alta jerarquía de COMIBOL) sino de condicionar los ingenios a la baja ley de la carga extraída de la mina y así elevar la capacidad de recuperación. Este criterio ha sido posteriormente ratificado por los mejores técnicos.

Cuando los delegados mineros fueron llamados a La Paz para discutir con la COMIBOL la aplicación de la Triangular, César Lora denunció el carácter anti-obrero de la medida y puso de relieve la irresponsabilidad del equipo técnico. Las decisiones no eran discutidas, sino simplemente impuestas. Reaccionando ante este lamentable estado de cosas, Lora e Isaac Camacho abandonaron la conferencia, no sin antes denunciar las maquinaciones de la Corporación Minera de Bolivia, en una carta que fue publicada en "Presencia". Bedregal (el mismo que más tarde le dedicará uno de sus folletos a César Lora) se apresuró en ordenar el retiro de ambos de la empresa.

En el Congreso de Colquiri de 1962 es elegido miembro de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), esto cuando el lechinismo había roto tardíamente con Paz.

En 1963, setecientos obreros abandonaron la empresa, subrayando así su oposición al Plan Triangular,

cuya aplicación determinó la rebaja de los precios de contrato. La empresa responde consumando una de las más grandes masacres blancas. César Lora, cooperado por otros militantes trotskystas, tomó para sí la misión de organizar a los desocupados, proporcionarles trabajo y ayudarles a reorganizar sus vidas. La cooperativa mina Italia cobró importancia y hasta llegó a adquirir un camión volqueta, que fue secuestrado por las autoridades después de los acontecimientos de mayo.

En diciembre de 1963 las tropas del ejército tendieron un cerco de fuego alrededor de Catavi y exigían la libertad de los rehenes que habían sido capturados por los obreros. El conciliador Juan Lechín tuvo que soportar el repudio de los trabajadores; cuando su vida corría peligro, le correspondió a Lora asegurar su salida de la zona peligrosa y su llegada a La Paz. Posteriormente, en 1964, evitó que algunos burócratas cobardes fuesen colgados por los mineros.

Durante las jornadas de mayo de 1965 fue uno de los dirigentes del Comité de Huelga, en calidad de tal llegó, burlanco a la policía, hasta La Paz para sacar a los fabriles a las calles. Su proposición de responder a la ocupación militar de las minas con las guerrillas concluyó siendo rechazada por los burócratas timoratos que estaban empeñados en llegar a un acuerdo con la Junta Militar.

Después de mayo pasó a la ilegalidad y volcó todos sus esfuerzos hacia la organización de los sindicatos clandestinos. Fue asesinado cuando se encontraba entregado de lleno a esta actividad.

### III

## EL MILITANTE POLÍTICO

La vida de César Lora, breve y fulgurante, es parte inseparable de la historia de los sindicatos y de la misma revolución. Esto se debió a su condición de militante político trotskysta más que a su actividad sindical.

Era la criatura de su Partido, le debió toda su formación y supo ofrendarle toda su existencia. Para él los principios eran los que debían definir la militancia y solamente partiendo de esta base consideraba a sus camaradas como a sus hermanos verdaderos.

Sus inquietudes doctrinales, sus esfuerzos por formarse a sí mismo -fue un verdadero autodidacta, si prescindimos de la escuela partidista- y por educar a los demás, sus emociones y pasiones comenzaban y concluían en la organización partidista. Fue un ejemplo de revolucionario profesional, llegó a ser el militante definido por Trotsky.

Cuando sobrevino la escisión del Partido Obrero Revolucionario en los años cincuenta, como consecuencia de la actitud que debía asumirse frente al nacionalismo de contenido burgués en el poder, al lechinismo y al porvenir mismo de la revolución, no dudó un solo instante para alistarse, junto con los que trabajan con él en el Comité Regional de Siglo XX, junto a la tendencia intransigente y bolchevique en escala nacional. No cabe la menor duda de que fue uno de los constructores del Partido Obrero Revolucionario; se le debe mucho de lo que se tiene hecho en sentido de entroncar la organización política con las masas obreras.

Llevó ante las masas, al campo obrero, con talento y tino, la voz y la política de su Partido. Su nombre figura, junto a la de los mineros Isaac Camacho, Sánchez, Peláez, Siñani, C. Jimenez y cientos más, formando parte de la vanguardia del proletariado boliviano.

En condiciones sumamente difíciles, cuando muchos "teóricos" se postraban de hinojos ante Víctor Paz y Lechín, cuando gran parte de las masas seguían al movimientismo. César Lora supo luchar corajuda e inteligentemente contra el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario. En ese momento era un deber revolucionario señalar que el partido pequeño-burgués y sirviente del imperialismo desarrollaría indefectiblemente una conducta antiobrera, a fin de congraciarse con su amo.

Sus esfuerzos culminan en el IX Congreso Minero de Colquiri-San José, donde se aprueba la tesis



**Izq. César Lora, Guillermo Lora, Isaac Camacho.  
Atras: Flavio Ayaviri**

presentada por la fracción porista y cuya defensa estuvo a su cargo, de ruptura ideológica y organizativa con el régimen del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Poco antes de 1964 señala que el peligro mayor para el país no era ya el caduco y envejecido MNR, que entonces atravesaba una de sus mayores crisis internas, sino el ejército que se incorporaba como la fuerza política de mayor consideración.

En el congreso de diciembre de 1963 señaló que además de repudiarse al gobierno de Víctor Paz debían puntualizarse que el mayor peligro venía del lado del ejército, de los generales ambiciosos y fascistas que tenían todo dispuesto para ahogar en sangre la rebeldía proletaria.

La advertencia de los trotskystas no fue tomada en cuenta por los burócratas; éstos ya actuaban de común acuerdo con los jefes castrenses y con los representantes de la derecha. Poco antes de 1964 señala que el peligro para el país radicaba en los trajines conspirativos del general Barrientós y que correspondía apuntalar la resistencia protagonizada por los trabajadores de Oruro.

Tomó parte activa en las jornadas de Sora Sora, cuando el ejército cerró a los mineros el paso hacia Oruro. Esta vez sobrevivió a la masacre, pero los generales ya habían decretado su muerte.

En la Conferencia de la Federación Sindical de Trabajadores de Bolivia de diciembre de 1964, reunida en La Paz inmediatamente después del cuartelazo timoneado por Barrientos y Ovando, la fracción porista encabezada por César Lora presentó en documento escrito su posición frente a la Junta Militar. Los trotskystas demandaron que se proclame la ninguna confianza en los golpistas del 4 de noviembre y que se proceda a armar a las milicias obreras para evitar una futura masacre. Los burócratas se asustaron por la viril palabra de Lora y se vieron obligados a introducir enmiendas conciliadoras al documento presentado por aquel.

Después de las provocaciones de mayo, de la ocupación militar de las minas, propuso a la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia colocar a miles de guerrilleros en la cordillera, como la única forma de neutralizar la capacidad de fuego del ejército armado y organizado por los yanquis y, finalmente, recuperar el control de los centros mineros.

Pudo decir esto porque fue él quien comenzó a militarizar al Partido Obrero Revolucionario y porque estaba seguro que los trotskystas estaban llamados a convertirse en la columna vertebral del ejército guerrillero.

Antes de noviembre de 1964 sostenía, juntamente con su Partido, que los mineros debían jugar su propio papel frente a la desintegración del gobierno movimientista, por eso marcharon con rumbo a Oruro, para poder controlar esta ciudad e imponer sus condiciones.

Cuando fueron consumadas las grandes masacres de 1965 pasó a la clandestinidad. Era su pensamiento de que correspondía fortalecer al Partido Obrero Revolucionario, para que éste pudiese reagrupar a los obreros y dirigirlos en la lucha.

Algo más, mostró gran preocupación en preservar la integridad física de los militantes poristas. Debidamente camuflados él e Isaac Camacho aparecían en La Paz, para prestar ayuda al funcionamiento del Partido y conectarse con los sectores obreros.

Una noche, a comienzos de julio de 1965, hubo una reunión reservada en el escondite de G. Lora, en ese momento sañudamente perseguido por la DIC, en ella César e Isaac propusieron que el Secretario General del POR debía abandonar el país para poner a salvo su vida.

Se sabía de buena fuente que los generales fascistas y masacradores habían ordenado extirpar de raíz a la plana mayor trotskysta. César Lora cuidaba a los demás y era normal para él codearse en todo momento con el peligro.

## IV

## ASÍ FUE ASESINADO

Al amanecer del primero de agosto de 1965 cuatro hombres cubiertos con sombreros y abrigos golpeaban desesperadamente la reja de la casa donde estaba oculto Guillermo Lora; éste, al observar el espectáculo y creyendo haber sido descubierto por la policía, ganó la calle y se dio a la fuga. Esas misteriosas sombras eran los acompañantes de Isaac Camacho, que pudo llegar exhausto a La Paz, después de haber huido desde San Pedro, para anunciar el asesinato de César Lora. Este acababa de poner en pie al sindicato clandestino de la Unificada de Potosí y se encaminaba con rumbo a Siglo XX para asistir a una reunión relámpago y luego trasladarse, siempre clandestinamente, hasta Oruro. El militante revolucionario ponía todo su empeño para cumplir en la mejor forma posible las tareas que le habían sido encomendadas por su Partido.

Guillermo Lora abandonó su escondite y salió a la calle para acusar concretamente a los generales Barrientos y Ovando como a los asesinos de César; fueron ellos los que instruyeron matar a todos los componentes del Comité Central porista. El dirigente trotskysta tenía plena conciencia que los secuaces del militarismo habían dado muerte a su hermano en su lugar. Así la bestia fascista confirmaba la tesis lanzada por el POR acerca de la naturaleza contra-revolucionaria de la Junta Militar.

Fue convocada una conferencia de prensa para realizar la denuncia respectiva; se contaba por suerte con la presencia de Isaac Camacho, testigo ocular del crimen y que pagó muy caro el haber salido ileso del trágico acontecimiento.

La siguiente es la relación presentada por Camacho a los periodistas y que únicamente dos periódicos la publicaron en su integridad:

“(Relato de Isaac Camacho, obrero de Siglo XX, Sección Block-Caving).

1. Después de los acontecimientos de mayo último y que son de dominio público, nos encontrábamos prófugos, César Lora y yo, debido a la sañuda persecución policial de que éramos objeto. Llegó hasta nosotros la noticia de que el Gobierno había dado órdenes precisas para que se victimara a César Lora, que era dirigente nacional de mi Partido y uno de los más destacados miembros de la Federación de Mineros. Las autoridades le tenían odio porque durante la huelga se mostró partidario de rechazar con las armas la invasión de las fuerzas del ejército a las minas y porque puso en estado de alerta a los trabajadores acerca de los métodos inhumanos que emplearía el gobierno Militar para obligar a los mineros hambrientos a producir más. Por informaciones de radio supimos que fracciones del ejército, al mando del capitán Plaza, se desplazaron hacia la mina Italia en nuestra persecución.

2. El 26 de julio partimos de la ciudad de Sucre, donde estuvimos ocultos por algún tiempo y supimos que agentes de la DIC nos buscaban en esa ciudad, salimos con dirección a San Pedro, siempre buscando un poco de tranquilidad y porque deseábamos estar más en contacto con nuestro Partido. Cuando pasábamos por el valle de Huañuma nos reconoció un tal Eduardo Mendoza y fue éste el que dio la voz de alarma a los elementos oficialistas, que ya nos habían estado buscando por toda esa región, como pude darme cuenta más tarde. Para burlar todo control márchábamos a pie llevando nosotros mismos nuestra pesada impedimenta. En vista de nuestro extremo agotamiento físico contratamos en Huañuma una mula de Enrique Mareño, a fin de que llevara nuestra cama.

3. El día 29 de julio llegamos a las proximidades de Sacana, que está a tres leguas de San Pedro de Buena Vista. Cuando llegamos a la confluencia de los ríos Tocará y Ventilla chocamos con un piquete de civiles que estaba al mando de Próspero Rojas, Eduardo Mendoza y otro a quien llamaban Oslo. Enrique Mareño, que nos alquiló la mula, se encargó de delatarnos. Una vez apresados estábamos siendo conducidos a San Pedro, pero en el camino, a pocos metros del mencionado cruce de ríos, comenzaron a golpear bestialmente a César Lora. Cuando yo forcejeaba para libertarme escuché un tiro de revólver. No bien volteé la cabeza vi a César Lora en el suelo con la cabeza que le sangraba, casi instantáneamente murió. Entonces yo pedí que me victimaran en la misma forma. Tengo la seguridad que recibieron órdenes de asesinar únicamente a César Lora. Fue el mismo Eduardo Mendoza el que dijo con toda claridad que el balazo partió del arma que llevaba Próspero Rojas. Este ha tenido a su cargo la ejecución material del



**Entierro de César Lora en Siglo XX, agosto 1965.  
Orador: Filemòn Escóbar. Detrás: Isaac Camacho,  
Guillermo Lora y los cc. mineros**

crimen.

4. Por las charlas de los que nos apresaron y asesinaron a Lora sé que el capitán Zacarías Plaza envió desde Siglo XX a un emisario a San Pedro para que nos buscasen. Este extremo fue confirmado por otro dato. El mulero Enrique Mareño fue detenido en la bajada que llaman de las Siete Cruces, que está aproximadamente a veinticinco kilómetros de Sacana, por los cabecillas del grupo mencionado. Le dijeron a Mareño que estaban buscando a dos políticos prófugos y mencionaron nuestros nombres.

5. Cuando el Subprefecto de San Pedro nos dio alcance en el camino, ya estaba en antecedentes de todo, sabía cómo nos llamábamos, nuestra filiación política, etc. Esta autoridad ordenó el traslado del cadáver de César Lora a San Pedro e ignoro qué hicieron con él, pues apenas llegué a dicha población escapé de manos de las autoridades y vine sin hacer escalas hasta esta ciudad.

6. César Lora ha sido asesinado el día 29 de julio, a horas 15 aproximadamente, no puedo precisar este último dato porque no llevaba reloj. El proyectil le penetró por la ceja derecha y le salió por la parte posterior del cráneo.

7. En forma tan cobarde ha sido asesinado uno de los más grandes luchadores que ha tenido el proletariado, particularmente el minero. Se lo ha victimado a mansalva y con premeditación para castigar en él, que era toda honestidad y rectitud, a quienes tienen el coraje de luchar denodadamente por sus ideales políticos".

Se han logrado establecer algunos hechos reveladores sobre el alevoso asesinato de César Lora.

Zacarías Plaza, un reenganchado que pasa por oficial de línea, se desplazó, poco antes de julio, por todo el norte de Potosí y dejó una especie de retenes para que evitasen el ingreso de César Lora y sus compañeros al distrito minero de Siglo XX-Catavi. Las autoridades parece que sabían que el dirigente porista incursionaba de tarde en tarde a las minas para organizar la resistencia a la bota militar.

Plaza se ha distinguido por su extremado servilismo a diferentes gobiernos, así justifica su sueldo y sus estrellas. Con anterioridad estuvo acantonado en Chuquiuta y en actitud de apronte para poder aplastar a los mineros en el momento oportuno. Inmediatamente después de mayo se trasladó, a la cabeza de un piquete de soldados, a la mina Italia con la finalidad, públicamente expresada, de liquidar a las guerrillas de César Lora. Declaraciones en igual sentido hizo el general Ovando. Lo que el capitán de marras no pudo cumplir en el campo de batalla fue ejecutado cobardemente por sus secuaces encubiertos.

En el mes de junio Lora había llegado en Oruro a algunos acuerdos sobre trabajos políticos con el dirigente gráfico y militante porista Julio César Aguilar; éste no tardó en trasladarse a Cochabamba a ejecutar ciertos trabajos. El 31 de julio, dos días después de que fuera asesinado Lora, fue secuestrado por la policía y desapareció misteriosamente. A la fecha se tiene la seguridad de que también fue muerto.

"Masas" dijo que seguramente los victimadores de César Lora se ajustaron a la vieja orden de acabar físicamente con los dirigentes poristas. Lo ocurrido con Aguilar viene a demostrar que la orden seguía todavía en pie en julio de 1965.

Las autoridades pusieron especial interés en aislar a Isaac Camacho. Efectivos de las fuerzas armadas lo detuvieron en Siglo XX el mes de septiembre de 1965, habiendo sido luego conducido al campo de concentración de Alto Madidi y finalmente recluso en el Panóptico. La finalidad era clara: evitar que hablase sobre el asesinato de Lora.

Los ejecutores materiales del plan, unos pobres diablos, han sido apresados por algunos meses, gozando de todas las comodidades imaginables. Nunca ha sido nuestro objeto perseguir a esos desdichados. No se nos ha dejado llegar a San Pedro, menos intervenir en el juicio criminal. Nada ha sido esclarecido y las gentes de esa región no pueden hablar del crimen por el temor de las represalias. Hemos señalado ya antes que los autores del asesinato son los jerarcas del Gobierno, los generales Barrientos y Ovando.

Sacana es un valle risueño, asentado en una cerrada quebrada, a la vuelta del viejo pueblo colonial de Moscarí. Los Cedros cubren de sombras los impetuosos ríos y, sin embargo, la tierra es sumamente seca y precisa el campesino mucho esfuerzo para lograr algunos frutos. Recorrió César Lora muchas veces

por esas tierras y se lo podía ver organizando la rebelión campesina. Acaso en esas breñas, que incitan a vivir plenamente, nunca soñó que un día las regaría de sangre.

César Lora rindió su último tributo de luchador antes de cumplir los 36 años. Murió como mueren los valientes, afrontando con hombría el peligro. El se quedó en Bolivia, junto a su pueblo y dispuesto a sacrificarse en la lucha contra los masacradores, mientras los líderes y demás traficantes no dubitaron en huir bajo el absurdo pretexto de acogerse al exilio voluntario y bien rentado.

El revolucionario, que tantas batallas libró, que tantas veces huyó de la muerte, presentía que había llegado su momento de abandonar este mundo y su mayor preocupación estaba encaminada a cuidar de los demás, de aquellos que consideraba indispensables para mantener viva la llama de la rebelión.

Se sabía predestinado a morir trágicamente y no se esforzaba en evitar ese fin. Su padre, un valeroso y venerable viejo que supo ser para su hijo el amigo por sobre todas las cosas, ha contado que poco antes de abandonar Llallagua le dijo que estaba seguro de que los generales lo asesinarían a él y a sus camaradas. A Isaac Camacho, cuando estaban seguros de haber sido descubiertos, le dió una última recomendación: uno de los dos debía huir para seguir luchando. Este es el mensaje invaluable del soldado que se ofrenda íntegro en la batalla: salvar la vida de uno de los capitanes para seguir peleando mañana.

Las autoridades, temerosas de la reacción de los obreros, procedieron al secuestro del cadáver. César Lora había sido indignamente sepultado en un rincón de San Pedro de Buena Vista. Se tuvo que librar toda una feroz y larga batalla para trasladar sus restos a Siglo XX, escenario de sus luchas, de sus victorias y de sus derrotas.

Cuando llegó el ataúd de César Lora la población toda del distrito se concentró para llorar a sus pies; las gentes humildes desafiaban las represalias de las autoridades para cumplir un deber con el caudillo: rendirle su postrer tributo. Los mineros, hieráticos bajo sus guardatojos, montaron guardia día y noche. De tarde en tarde llegaban, quien sabe desde qué lejanías, grupos de campesinos con ponchos negros, que, después de acucillarse en cualquier rincón y beber el alcohol que ellos mismos traían y rociar el local del velorio, volvían a partir misteriosamente. Así misteriosamente cuantas veces se habrán reunido con César Lora para conspirar.

Quince mil personas trasladaron el cadáver al cementerio de Llallagua. Del local sindical partió una larga y electrizada caravana, que al llegar a la plaza de la ciudad se convirtió en compacta multitud. Isaac Camacho, delegados de la Sección Beza, de Catavi y otros. Ninguno lloró pero sí todos prometieron vengar al insigne luchador tan bestialmente victimado por el fascismo. El imponente tumulto bajó desordenadamente hasta el campo santo, donde los trabajadores de Catavi esperaban, portando insignias de combate, a su inolvidable compañero. Las descargas de dinamita acompañaron la marcha de los dolientes, dispuestos a aplastar de un nanotón a los masacradores, pero éstos, discretamente, se habían retirado a sus cuarteles y toleraron todo, incluso los acres insultos, en silencio absoluto.

Guillermo Lora al entregar los restos de su hermano a los mineros de Siglo XX-Catavi dijo:

*"El sobreviviente de la masacre de Sora Sora, el héroe de las jornadas contra el desgobierno silista, el que tantas veces supo iluminar el camino de lucha de los proletarios desde el puesto de sacrificio o desde la dirección sindical, tiene derecho de permanecer eternamente entre ustedes y de ofrecerles su ejemplo para que los simples mortales tengan mayor fortaleza en la lucha diaria.*

*"El dolor que hiere nuestras fibras más íntimas se transforma en viril protesta porque el que ha caído en el puesto del deber es un combatiente como nosotros, aunque por sus virtudes, su honestidad y lealtad hubiese sabido colocarse en un primer plano. Las huestes guerreras hacen alto en su marcha para rendir su postrer homenaje a uno de los suyos. Apretamos los dientes para que nuestros sollozos sean protestas desafiantes. ¿Qué otra cosa podemos hacer quiénes estamos endurecidos por tantos golpes, quiénes presentamos el cuerpo marcado por cicatrices recibidas en innumerables combates? Ha caído uno de los nuestros en la batalla y acaso su muerte debe ser envidiada porque significa la ofrenda de su vida joven a la causa revolucionaria. El proyectil envilecido que destrozó su cerebro ha sido disparado por el enemigo de clase. Que los sentimientos fraternos no nos postren al extremo de impedirnos luchar, más bien, el valor del camarada, amigo y hermano nos obligue a permanecer imperturbables en el puesto*

*del deber por encima de todas las flaquezas humanas. Los que sabemos de los métodos inhumanos que utiliza el enemigo sólo podemos decir, cuando cae uno de los nuestros.*

*'¡serás vengado cuando llegue el momento!'. Es el político y el dirigente obrero el que ha sido asesinado y su muerte necesariamente tendrá implicaciones también políticas. César Lora ha muerto combatiendo contra el fascismo de los generales, contra los masacradores de mineros, contra los hambreadores del pueblo, contra los que disminuyen los salarios, contra los que persiguen a los hombres humildes y contra los que entregan a nuestro país a la voracidad imperialista; vengado estará nuestro compañero y camarada cuando sea expulsado del poder la bestia fascista, cuando los obreros ya no se mueran en medio de la más negra miseria, cuando el país rompa las cadenas imperialistas que lo oprimen."*

Bien pronto César Lora se ha convertido en leyenda. Los mineros y las gentes humildes le encienden velas, le elevan oraciones e invocan su porteción, porque según ellos está vivo en algún lugar, presto a volver a incorporarse a la lucha.

El pueblo boliviano y particularmente los trabajadores no debe olvidar que los generales fascistas tienen las manos teñidas con sangre boliviana y deben responder por la vida del gran caudillo César Lora.